

# LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION		
	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Número suelto real y medio.

PROPIETARIOS  
VIUDA É HIJOS  
DE  
**JOSÉ AMALIO MUÑOZ**  
FUNDADOR

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID  
Cava Baja, número 40, segundo  
Madrid 7 de Abril de 1879

PRECIOS DE SUSCRICION		
	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la Plata.....	3 1/2 »	6 »

En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.

ÉPOCA 2.<sup>a</sup>—AÑO III.

NÚMERO 37

## SUMARIO

TEXTO: Revista, por V. P. Nulema.—*El mes de Marzo en Roma*, por D. Urbano Ferreiroa.—*A la muerte de Judas*; soneto de Monti, traducido por Baralt.—*La muerte de Jesucristo*, por D. Miguel Mir, s. j.—*Los instrumentos de la Pasión*, por D. V. Suarez Cappelletti.—*Los grabados*, por V.—*La Semana Santa*, por D. Mariano Barsi y Contardi.—*La peregrinación de la tierra santa*, por D. Manuel Perez Villamil.—*Miscelánea*.—*Jeroglífico*.

GRABADOS: *El Ecce-Homo*, copia de Murillo.—*Vista fotográfica de la ciudad de Bethania* (Palestina).—*Los instrumentos de la Pasión*.

## REVISTA

El domingo 30 de Marzo, celebró sesión pública la Academia Española para dar posesión de su plaza al académico de número señor conde de Casa-Valencia.

El cual, como aristócrata y hombre político, atrajo al salón de la Academia numeroso concurso, de lo que ahora se llama público escogido, compuesto de elegantes damas, de títulos nobiliarios, antiguos y modernos, de ex-ministros, senadores y otros personajes de grueso calibre.

Esta condición de su público, debió preocupar al señor conde en el momento de escoger asunto sobre qué discursar en la Academia, y en efecto, decidió hablar de las principales escritoras que han honrado á España con sus obras.

Asunto simpático, dulce y bello, como jardín



EL ECCE-HOMO (COPIA DE MURILLO)

de flores, á propósito para acreditar la galantería del nuevo académico, y para galardonar á las señoras concurrentes la molestia de ocupar dos horas las incómodas sillas de la Academia.

No sin temor de incurrir en censuras, declaramos que esta imposición del público á los académicos entrantes, por lo mismo que es imposición tan dulce y amorosa, constituye un mal para la importancia literaria y científica de las recepciones académicas. El discursante, ó más bien los discursantes, saben de antemano que tienen que habérselas con un público de señoras en su gran mayoría, y á trueque de no incurrir en su desagrado, con larga disertación sobre cuestiones astrusas y difíciles, toman un punto ligero como el vuelo de la mariposa y lo exponen con giros rápidos y juguetones, esparciendo por el salón el aroma de sus flores poéticas, que se mezcla con el que exhalan de sus tocados las damas hasta convertir el templo de las musas en jardín de las Hespérides.

Faltaron el domingo último las manzanas de oro, porque si las damas salieron complacidas, no quedó tanto la severa crítica, á los ojos de la cual el discurso del conde fué muy endeble y como boceto de pintor de brocha gorda, sin corrección en el dibujo ni perspectiva en las figuras, aunque lleno de buena intención, por culpa del pincel deslucida y malograda.



Las señoras, bien tratadas en el discurso y de suyo amables y generosas, oyeron al señor conde con gusto y le aplaudieron al ocupar su asiento en la Academia.

Levantóse á contestar el Sr. D. Juan Valera, literato de fama, erudito y ameno como pocos, aunque por desgracia afiliado á las huestes del racionalismo, á quien ha prestado importantes servicios con su talento y con su pluma. Hace tiempo, sin embargo, que se notan en este escritor insigne síntomas evidentes de conversión á la verdad, lo cual se explica muy bien por su entrañable amor á la belleza artística, que le arrastra poco á poco á la región de la verdadera luz, que ilumina el arte con los resplandores del cielo.

En la contestación que dió á su pariente el conde de Casa Valencia, y que no puede llamarse discurso por carecer de unidad y de plan conveniente, como escrito á vuela pluma en poco más de dos días, resplandecen estos síntomas consoladores de la buena disposición de su espíritu. A vueltas de algunas frases malsonantes y de conceptos equivocados, el Sr. Valera prorrumpió en un panegírico entusiasta de Santa Teresa de Jesús, á la cual proclamó «una de las mayores y más puras glorias de España,» «que vale más que cuantas mujeres escribieron en el mundo.»

«Su estilo, dijo, su lenguaje, sin necesidad del testimonio de las hermanas, á los ojos apasionados de la crítica más fría, es un *milagro* perpétuo y ascendente. Es un *milagro* que crece y llega á su colmo en su último libro; en la más perfecta de sus obras: en *El castillo interior ó las Moradas*.»

El Sr. Valera completó su confesión, advirtiendo que él no cree «que puedan gastar frases ni períodos, por sonoras, dulces ó enérgicas que sean, si no tienen sentido,... sin pensamientos elevados y contenido sustancial.» En este concepto, lo que avalora el mérito de Santa Teresa, lo que constituye el verdadero milagro de sus escritos, es el espíritu que los anima, espíritu increado, foco de la verdadera luz que revela al entendimiento humano los inescrutables misterios de los atributos divinos.

Aunque el señor Valera no llegó á esta conclusión, mostró hallarse en camino, y ojalá llegue pronto guiado por la belleza artística y por la gracia del cielo, para salud de su alma y gloria de las letras.

\*\*\*

Al llegar aquí los ecos lejanos de las campanas, nos recuerdan la solemnidad del día. La Iglesia conmemora hoy los dolores de la Madre de Dios, que compartió con su Hijo las amarguras y tormentos de la Pasión.

Al pie del árbol de la Cruz, Jesucristo, Nuestro Redentor, volvió los amorosos ojos á su Madre, que desolada y moribunda recogía la sangre de su Hijo y la mezclaba con sus lágrimas, y mirando luego al discípulo amado, exclamó: «Mujer, ahí tienes á tu hijo;» y después repitió al discípulo: «Ahí tienes á tu Madre.»

Representaba la Virgen Santísima en tan augusto momento á la Iglesia, nuestra Madre, y el discípulo amado á la humanidad huérfana y desamparada.

La Iglesia, desde entonces, no ha descuidado un momento el cumplir su divina misión, y como madre solícita y cariñosa ha consagrado su vida al cuidado y salvación de sus hijos. Ella quebrantó las cadenas de la esclavitud antigua que el paganismo había forjado, y sacó á los hombres de las sombras de muerte en que estaban sumidos; suscitó insigne doctores que les enseñasen la verdad, desfigurada y perdida entre los errores de los filósofos gentiles; creó esforzadas milicias de Vírgenes que les infundiesen en el corazón, corrompido por la concupiscencia pagana, el sentimiento sublime del amor divino, fuente de castos amores; levantó grandiosos templos donde el genio desplegase las alas de su inspiración fecunda para embellecerlos con todas las galas de las artes regeneradas; derramó por do quiera el bálsamo de su caridad para curar las llagas de la humanidad enferma, dió paz á los pueblos, luz á las ciencias, inspiración á las artes, consuelo á los tristes, hogar á los huérfanos, amor y caridad, en fin, á todos los hombres.

Así ha cumplido y cumple la Iglesia el ministerio de su maternidad divina; ¿cómo han cumplido

los hombres el de su filiación gloriosa? La ingratitud humana parece haberse complacido en atormentar á la Iglesia, cuyas persecuciones continuas y sangrientas constituyen el proceso y la sentencia de sus hijos ingratos.

Solamente los nombres de los verdugos que han traspasado el corazón de esta Madre amantísima, forman un catálogo voluminoso, desde Arrío hasta Dollinger, desde Simon Mago, hasta Allan Kardec, desde Juliano hasta Víctor Manuel, desde Simaco, hasta Bismark, desde los sofistas de la decadencia pagana, hasta los *sabios* del progreso moderno.

Pero si los dolores de la Iglesia no han cesado en el transcurso de los siglos, á la hora presente parecen tocar en el colmo de su amargura. La espada de los herejes, la de los impíos, la de los apóstatas, la de los sofistas, la de los blasfemos, la de los hipócritas, la de los pueblos corrompidos, y la de los Césares paganos, todas están clavadas en el corazón de la Iglesia, la cual riega la tierra, por ella cultivada, con la generosa sangre de sus venas. ¿Qué espada ha atravesado jamás el pecho de la Iglesia que hoy no desgarre sus entrañas? Encarcelado el Pontífice, combatida la fé, escarnecida la moral, turbados los pueblos, envenenadas las fuentes del saber, malogrados los beneficios del catolicismo, y entronizada y victoriosa la impiedad bajo la púrpura del espíritu moderno.

El rigor de sus dolores ha llegado ya al extremo; pero la palabra de Dios no puede faltar, y la Iglesia no sucumbirá ante la crueldad de sus verdugos. Si la Madre amorosa yace hoy agobiada con el peso de sus tribulaciones, si apenas puede levantar el brazo y despegar los labios para socorrer é instruir á sus hijos, debemos esperar que pronto se vea libre del furor de sus enemigos, y á los dolores de la persecución sucederán las alegrías del triunfo.

V. P. NULEMA.

## EL MES DE MARZO EN ROMA

Sr. Director de LA ILUSTRACION CATÓLICA.

Aprovechándome de la deliciosa temperatura primaveral que ha sucedido al lluvioso invierno, me he dirigido una de estas últimas tardes al monte Pincio, convertido en magnífico paseo por solicitud de los Papas. Desde aquella altura, que domina á Roma en casi toda su extensión, tenía ante mis ojos el Quirinal y el Vaticano, el Panteón y el Capitolio, las cúpulas de cien iglesias y los monumentos que atestiguan la grandeza de esta reina de las ciudades.

El sol, próximo á ocultarse, tenía con vivos resplandores la ciudad; á mi derecha las fangosas aguas del Tíber me recordaban estos versos del Dante:

«...Sotto l'acqua la gente che sospira  
E fanno pallular questa acqua al summo.»

A mi izquierda la campiña romana, envuelta entre la bruma, semejaba al mar en calma; el aura tibia y suave me traía el olor de las plantas tropicales y de las flores de los jardines; si volvía los ojos al cielo puro, claro, transparente, el pensamiento recordaba otro cielo más claro y más puro; la tarde era magnífica, y todo convidaba á contemplar las maravillas de la naturaleza, pero el espectáculo de la ciudad me absorbía por completo y me inspiraba otra clase de pensamientos.

Teniendo enfrente al Vaticano, ¿cómo olvidar que en esta ciudad que los Papas redimieron de la ignominia del paganismo y de la esclavitud de la barbarie, y defendieron contra emperadores poderosos y demagogos turbulentos, que embellecieron con monumentos insigne, y convirtieron en centro del mundo, vive prisionero el actual sucesor de San Pedro?

Embebido en estos pensamientos continué mi paseo, encontrándome con una multitud alegre y gozosa que circulaba á pie ó en carruaje por las pintorescas alamedas, se entretenía en escuchar los sonidos de dulce música, y reía ó hablaba con regocijo como satisfecha de sí misma.

Un signo del tiempo, dije para mí. Quizás entre esas personas haya muchas católicas que se confiesan y van á misa, pero tocadas del mal que aque-

ja á la actual sociedad, se hallan muy distantes de pensar en la prisión del Papa.

Magníficos trenes, espléndidos saraos, trajes lujosos: hé aquí en lo que piensan.

El Papa gime en una prisión, la ola de la revolución sube; la sociedad está á punto de perecer: ¡qué importa! Por estas pequeñeces no deben interrumpirse los placeres de la vida.

Y entre tanto, el mal adquiere aterradoras proporciones, y todo hace creer que tan horrible indiferencia no quedará mucho tiempo sin castigo. Ya cantó Ariosto:

«... Gran fallo aspetta gran flagello,  
Quando debita emenda il cor non lava.»

Siendo de advertir que nunca faltan insensatos del género de aquéllos que allá por las vísperas del diluvio universal cantaban y bailaban, y dábanse á todo linaje de placeres.

\*\*\*

Uno de los asuntos que más han llamado la atención de Italia en este mes, ha sido la vista de la causa de Juan Passanante, el cocinero que atentó á la vida de Humberto.

De todas las partes de Italia acudió gente á Nápoles; la sala del tribunal convirtiéndose en sala de espectáculo; la multitud se agolpaba allí desde las primeras horas de la mañana; las señoras tenían su tribuna, la prensa tenía la suya, y el mismo público que noches pasadas aplaudía en el teatro de San Carlos á la Patti y á Nicolini, esperaba con ansiedad la hora de la entrada de Passanante en la sala para estudiar su actitud y no perder una sola de sus preciosas palabras, transmitidas por telégrafo á Roma y París, Madrid y Nueva-York.

Si á uno de nuestros antepasados le fuese dado resucitar, y entrando de rondon en la sala del tribunal, notase todo aquel aparato, á las señoras elegantemente vestidas, á los periodistas pluma en ristre, á todo el público curioso y emocionado, no se le ocurriría preguntar: ¿qué comedia se va á poner en escena?

Y con efecto, para aquel público no era sino escena de comedia, ver sentado en el banquillo de los reos al cocinero.

Acudía para sorprender las emociones de su alma, para conocer sus gestos, sus inflexiones de voz, sus palabras, no importándole un ardite su condenación á muerte ó su libertad.

Lo importante era satisfacer la curiosidad del momento, experimentar alguna emoción nueva, despertar el cansado apetito con el excitante de un regicida.

La ópera recién estrenada, el actor ó la cantante á la moda, el escándalo *palpitante* no bastan: ¡está tan cansado el apetito!

Un regicida es otra cosa: ofrece algo de nuevo, de extraño, de sorprendente.

Después ¿quién sabe? ¿Reiría, lloraría, mostraría indiferente? Gravísimos problemas que el cocinero estaba llamado á resolver, y en los que es justo confesar que se ha elevado á grande altura.

Casi merece que las señoras le decreten los honores del triunfo, inventando un lazo ó un sombrero á lo Passanante.

Sobre todo sirve esto de maravilloso efecto, ahora que se le ha perdonado la vida.

Verdad es que acaso le esperen mayores destinos. El nombre de regicida Agesilas Milan, figura en una lápida que adorna la casa consistorial de Nápoles entre otros héroes de la unidad italiana.

Y si Milano no hubiese sido ajusticiado, acaso fuese hoy ministro.

¿Quién sabe si mañana Juan Passanante será llamado á ser presidente de la futura república italiana?

\*\*\*

Y apartemos la vista de esto para fijarla en objeto más digno.

Ya que estamos en días de vida y salud, *tempus acceptabile, dies salutis*, es justo consignar que la capital del catolicismo viene dando en ellos pruebas inequívocas de acendrada piedad.

Los templos atestados de gente desde las primeras horas de la mañana; los numerosos fieles que acuden á oír los sermones cuadragésimales, las comuniones, más frecuentes que nunca, son prueba evidente de esto.



Sobre todo los ejercicios espirituales ordenados por el Eminentísimo Cardenal Vicario para disponer á los fieles á ganar el jubileo, dan copiosísimos frutos.

Un párroco de uno de los puntos más céntricos de Roma, me decía uno de estos días:

«Estoy muy contento, pues en los años que llevo de párroco en mi iglesia, pocas veces he visto acercarse tanta gente á recibir la comunión. Singularmente he notado con gusto el número de hombres mayor que otros años, que se acerca á la Sagrada Mesa.»

¿Cómo se regocija el alma escuchando palabras tan consoladoras!

Por donde quiera que uno tienda la vista, divisa tan oscuros horizontes, que cualesquiera rayos de luz, por débiles que sean, llevan al corazón indecible consuelo.

¿Qué sería de esta sociedad corrompida, sensual, pagana, sin las flores abiertas al sol de la piedad en el santuario, sin las almas fuertes que oponen dique insuperable al torrente invasor del mal, sin los humildes, los pequeñuelos, los ignorantes que conocen y practican la más sublime de las ciencias, la ciencia de amar á Dios?

¡Cuán inagotable es la misericordia infinita!

\*\*\*

Ha llegado aquí una veintena de estudiantes españoles, vestida con el antiguo traje escolar, la cual se divierte en mostrar su consumada pericia en el arte de la guitarra y de la pandereta delante de estos buenos romanos.

No se ha olvidado de visitar á Humberto en el Quirinal, á los estudiantes italianos en la Universidad arrebatada al Papa, ni de recorrer varios círculos artísticos, dando muestra en todas partes de su ciencia musical, pero no se le ha ocurrido dar la menor prueba de afecto al prisionero del Vaticano.

Y se comprende. Esos estudiantes que abandonan las aulas en el período más crítico del curso por correr mundo, á guisa de cómicos de á legua, no tienen nada de comun con la antigua España, la España católica y pundonorosa que profesa veneración al Vicario de Jesucristo; son los representantes de la España moderna, ligera, impía, descoada, que no teme exhibirse de manera ridícula ante Europa, creyendo preferible sus males presentes á las antiguas glorias.

El corazón se oprime al hablar así desde extranjera tierra, pero es fuerza rendirse á la evidencia.

Por lo mismo que desde el extranjero se ama más á la patria, se desea verla más respetada.

En el momento de escribir estas líneas, pasa revoloteando por delante de mi balcon una alegre golondrina, que me recuerda estos versos de Grossi:

*Rondinella pellegrina,  
Che ti posi in sul verone,  
Pri cantando ogni mattina  
Quella flebile canzone,  
Che roi dirme in tua farella,  
Pellegrina rondinella.*

¡Oh! ¡Cómo envidio á la alegre golondrina!  
Torna á ver su cielo amado despues de algunos meses de ausencia.

\*\*\*

No sería justo concluir esta revista sin recordar que un suceso favorable á la religion y á la ciencia se ha verificado este mes en Roma, á saber, la reapertura de la Academia de la religion católica, cerrada temporalmente.

Esta Academia, fundada á principios de este siglo, bajo los auspicios de Pío VII, y en cuya fundación tuvo mucha parte el sabio cardenal Gerdil, distinguióse mucho, primeramente por las doctísimas lucubraciones que opuso á aquel vasto arsenal de errores, calumnias y blasfemias, que bajo el título de *Enciclopedia* había visto la luz en Francia. Despues combatió con éxito la crítica bíblica nacida en Alemania, y debilitó las fuerzas del racionalismo y del panteísmo, desenmascarando al hegelianismo, al eclecticismo, al bertismo, etc. Y descendiendo á la práctica, ó mejor dicho, á los errores más populares, combatió el magnetismo animal, desde el campo de las ciencias físicas, y al socialismo y al comunismo desde el campo de las cien-

cias morales. Hé aquí ahora lo que se propone combatir la Academia, segun dijo su presidente, el cardenal Bartolini, en el discurso de inauguración:

«Una escogida falange de hombres sabios combatirán aquellas obras más conocidas que en nuestros días son dadas á la estampa por los enemigos de la verdad, ora respecto á las falsas aplicaciones del derecho público, ora sobre las aberraciones del Darwinismo, ora sobre las diversas fases de la filosofía racionalista, ora sobre la extraviada hermenéutica bíblica, ora sobre la asquerosísima ligereza de las producciones escénicas, ora, en fin, sobre la viciada historia de la Iglesia y de los Papas; porque habiéndonos llamado, ahora, especialmente, al campo de los hechos históricos nuestros adversarios, deberemos refutarlos, demostrando con cuánta mala fe han falseado y corrompido la historia.»

Hoy, como siempre, *Deus scientiarum Dominus est.*

URBANO FERRE ROA.

Roma 31 Marzo. 1879.

## Á LA MUERTE DE JÚDAS

(TRADUCCION DEL DE VICENCIO MONTÍ).

De su traicion el precio infame á tierra  
Júdas arroja, al árbol se abalanza,  
y de un ramo oscilando el cuerpo lanza  
pendiente al lazo que su cuella tierra.

El alma en su prision, contra sí en guerra,  
se agita y ruge y blasfemando alcanza  
los cielos aterrar y de esperanza  
henchir el antro en que *Luzbel* se encierra.

De su cárcel al fin sale bramando;  
y entónces lá *Justicia*, en la inocente  
sangre de *Cristo* el índice empapando,

Al Gólgota la arrastra y en su frente  
sentencia escribe de penar eterno,  
y, vuelto el rostro, lánzala al infierno.

RAFAEL M. BARALT.

## LA MUERTE DE JESUCRISTO

Para satisfacer cumplidamente por los pecados de los hombres, la justicia de Dios exigía una víctima de valor infinito; y á fin de llevar á efecto esta inefable reparacion, la segunda persona de la augustísima Trinidad, Dios de Dios, engendrado eternamente en el seno del Padre, y resplandor de la sustancia soberana, ofrece en el Calvario el sacrificio de su vida, sujeto á un madero afrentoso, más que con los clavos crueles con la fuerza invencible de su caridad. Alzado como señal de salvacion en medio de la tierra, tiene á su vista la ilustre y populosa ciudad de Jerusalem, la ciudad de perfecta hermosura, regocijo del universo, fundada sobre santas colinas y elegida por Dios para su especial morada. A los rayos vivísimos del sol, que desde lo más alto de los cielos derrama sobre ella el tesoro de su esplendorosa claridad, relumbran los altos muros, fuertes y guarnecidos de aquellos torreones, cuya caprichosa arquitectura, al decir de Josefo, no tiene igual en el universo. Los soberbios edificios, los palacios y monumentos de la gran ciudad, levantan al cielo sus altivas frentes, descollando entre todos el magnífico templo, maravilla del mundo, con sus innumerables pirámides y capiteles, con sus arcadas y larguísimas galerías, revestidas de blancos mármoles y planchas de oro y plata, en cuya brillante superficie relampaguea la luz del sol, cual en montaña de nieve embestida por la claridad del astro del día.

En las calles y plazas, en los átrios del templo y en los pórticos de las sinagogas, hierve muchedumbre innumerable de forasteros, que de todas las partes del mundo han acudido á Jerusalem para celebrar la Pascua principal del cordero. En medio del tráfago y bullicio de los preparativos para la gran solemnidad, un pensamiento preocupa á aquella muchedumbre, y uno es el asunto de

sus conversaciones. Todos habían oído hablar de Jesús de Nazaret. La voz pregonera de la fama tenía lleno el mundo de sus maravillas y prodigios. Muchos le habían visto en sus viajes y correrías por los confines de Judea, Idumea y Samaria; recordaban el suave acento de su voz, la apacibilidad del semblante hermosísimo, la bondadosa sonrisa que vagaba continuamente en su purpúreo lábio, el castísimo centelleo de sus ojos, llenos de candor y amable sencillez la sublimidad de sus divinas enseñanzas, y sobre todo, la pureza inmaculada de sus costumbres, la bondad y mansedumbre de su condición, y la aureola de luz divina, que rodeaba su persona, haciendo brillar á los ojos del pueblo el inefable resplandor de la santidad y amor infinito. Pues cuando oían decir que aquel jóven tan puro, tan candoroso, tan manso y humilde de corazón había sido preso y llevado á los tribunales; cuando oían asegurar que le habían condenado á muerte de cruz, y que estaba ya colgando del ignominioso madero, mirábanse espantados unos á otros, y llenos de asombro acudían presurosamente al lugar del suplicio, á cerciorarse por sí mismos de tan extraño acontecimiento. Y al llegar allí, y al ver pendiente en el aire, y puesto entre dos ladrones, cual si fuera su capitán, á aquel florido mancebo, milagro de santidad é inocencia; al contemplar las manos obradoras de tantas maravillas, atravesadas con duros clavos, y taladrados igualmente los pies, que no se habían movido sino para hacer el bien; al pasear detenidamente la vista por el cuerpo santísimo, todo llagado y corriendo sangre, la admiración y el asombro embargaban sus almas, y el miedo, la lástima y el estupor, estremecían los corazones. Mirábanle y remirábanle espantados; y como todas las descortesías y afrentas que habían llovido sobre él, no habían podido oscurecer el rayo de la divinidad que resplandecía en su persona, no se hartaban de contemplar la serena majestad de su frente, la modestia de los ojos, la mesura y dignidad del semblante, y sobre todo, la mansedumbre, paciencia y admirable entereza de ánimo con que sufría tantas afrentas y dolores.

Así penaba en la cruz, expuesto á las miradas del pueblo, aquel Señor, poderoso en obras y en palabras, cuya vida santísima y acciones, y admirable predicación, daban claro testimonio de que no solamente era gran profeta, levantado por Dios en su nación, sino Hijo de Dios, Maestro de Israel y Redentor del mundo. En trance tan riguroso, los príncipes del pueblo, que con tanto afán habían procurado se llevase á efecto la sentencia de muerte contra Jesús, al verle finalmente colgado del afrentoso madero, enfurecidos y desatinados por la rabia que les roía las entrañas, levantaban gran vocerío, echándole blasfemias y maldiciones, é injuriándole con gestos, con visajes y risotadas. Oía el Señor desde la cruz todas estas injurias, y aunque puesto en tan grande afrenta y fatiga, fijando su mirada amorosa sobre los que le blasfemaban y escarnecían, y levantando al cielo la sagrada cabeza, con voz alta que le pudieron oír todos, exclamó: *Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen.* Así mientras que los crueles enemigos, no contentos con haberle puesto en el ignominioso patíbulo, le blasfemaban y mordían y despedazaban con sus bocas, abría el Divino Mártir la suya para pedir á Dios perdón por los que tan de balde le aborrecían, alegando su ceguedad é ignorancia.

La mansedumbre y tranquilidad de espíritu, con que sufría el Señor tan graves injurias, y la divina caridad con que no sólo perdonaba, sino rogaba encarecidamente á Dios que perdonase á sus enemigos y blasfemadores, hubieron de impresionar extrañamente á uno de los dos malhechores compañeros suyos en el suplicio. El cual, persuadido de la inocencia de Jesús, se puso á reprender al compañero que blasfemaba y denostaba al Salvador afeándole que tuviese tan poco temor de Dios, que estando merecidamente en el suplicio, se atreviese á baldonar á quien, no habiendo hecho mal alguno, padecía injustamente tan afrentoso castigo. Y así, vuelto al Señor, y reconociéndole no sólo por inocente, sino por Hijo de Dios y dueño soberano de todas las cosas, le suplicó por las entrañas de su misericordia se apiadase de él, acordándose de su pobre alma cuando entrase en la gloria de su reino. Premió el Redentor del mundo tan humilde confesion, otorgándole su deseo. Hombre feliz, por haber descubierto en los desprecios y afrentas de la



cruz, los resplandores de la Soberana Majestad, y más feliz aún por haberla confesado y adorado públicamente, y por haber merecido oír de los labios de Cristo, como premio de su fe y maravillosa humildad, la sentencia del perdón de sus pecados, y la promesa del premio eterno de la gloria.

Apartada de la muchedumbre que rodeaba la cruz del Salvador, más no tan lejos que no pudiese ver y oír lo que pasaba, estaba su santa Madre acompañada de Juan y de algunas piadosas mujeres que habían venido de Galilea á Jerusalem en su seguimiento. Con el alma transida de dolor había presenciado la larga y dolorosa crucifixión; los duros golpes del martillo habían traspasado y crucificado su corazón; y ya que le vió clavado y levantado en la cruz, cuando se mostró el cuerpo virginal á la vista de los cielos y la tierra, y la Madre dulcísima pudo cebar en él el deseo de su corazón, ¿quién podrá imaginar las ansias y angustias de su alma? Alzaba los ojos á mirarle, y al ver á aquel Hijo querido, á quien había concebido con tanta gloria, y parido con tanta alegría, y criado

último aliento que se escapara del sagrado pecho, para morir así abrazada con la prenda dulcísima de su corazón!

Veía el Hijo desde la cruz el desconsuelo de su Madre; y en la palidez del semblante, en las lágrimas que sosegadamente corrían por sus mejillas, en los suspiros que despedía su pecho, exprimidos con el peso de tan grande amargura, leía toda la angustia que afligía el maternal corazón. Contemplaba la majestuosa tranquilidad y mesura del continente, la serenidad de aquel espíritu, que no se anegaba en el diluvio de tantos dolores, la fé, la constancia, el ardor varonil de aquella mujer admirable, que olvidada de sí, de su fama, de su honra, y aún de su vida, quiso acompañarle en los trances más rigurosos y abrazarse con sus desprecios, y participar de sus dolores y martirio. Y aunque el espectáculo de la angustia de la Madre recrecía inmensamente los dolores del Hijo, éste desde lo alto de la cruz, le manifestó con los ojos, mudas lenguas del alma, su agradecimiento por tanta fé, tanta magnanimidad, fortaleza y amor;

Toda la naturaleza, espantada de ver á su Creador en tanta afrenta y tormento, comenzaba á dar señales terribles de sentimiento é indignación. El sol que brillaba en la cumbre del firmamento iba poco á poco retirando los rayos de su luz. Sombras siniestras, vislumbres y fulgores espantosos se deramaban por el espacio, envolviendo la ciudad de Jerusalem, sus empinados edificios, y la mole inmensa del templo en rojizos resplandores, reflejos espantosos de la ira divina. Silbaban los vientos enfurecidos; un frío des acostumbrado penetraba el espacio; las bestias del campo vagaban asombradas y despavoridas; abatían su medroso vuelo las aves; y los hombres, temerosos y desalentados contemplaban con estupor tan extraños fenómenos, temiendo que, conmovidos y destrabados todos los elementos, tornase el mundo al caos y confusión primera. Presidiendo este duelo funeral de todas las criaturas, estaba el Redentor del mundo en el Calvario, teniendo á su mano derecha é izquierda á dos malhechores, arrepentido el uno y endurecido el otro, á sus piés á los soldados encargados de



VISTA FOTOGRÁFICA DE LA CIUDAD DE BETHANIA (PALESTINA).

con tanto regalo y amor, aquel á quien amaba entrañablemente, no sólo como á hijo de sus entrañas, sino como á su Señor, á su Maestro, á su Rey, á su Padre y á su Dios, tan trocado de como le había visto hasta entónces, pendiente de un infame patíbulo, bañado en sangre de los piés á la cabeza, afeado el celestial semblante, embeleso de cuantos le miraban, los cabellos descompuestos y derramados por la frente, la cara y las espaldas, los ojos sangrientos y arrasados en lágrimas ¿cuántas veces retiraría la bendita Virgen los suyos, por no poder sufrir la ternura maternal tan dolorosa y horrenda figura? Y ya que con las fuerzas que le daba el amor, pusiese en él detenidamente la vista, y apacentase su alma con la consideración de sus heridas y dolores, ¿cuántas veces, yéndose el cuerpo adonde estaba el corazón, se abalanzaría hácia la cruz anhelando por abrazarse con el cuerpo de su divino Hijo, y juntar rostro con rostro, y mezclar sus lágrimas con las suyas, y sus sollozos y gemidos con sus gemidos y sollozos, y recoger finalmente el

y llegada la hora de separarse de su compañía, que tan dulce y regalada le había sido en los treinta ó más años de vida mortal, quiso despedirse de ella públicamente, y proveerla de quien la acompañase en su orfandad. Por lo cual, mirándola suave y amorosamente, y señalando con la cabeza al discípulo á quien amaba sobre los demás y que estaba allí presente, le encargó que en adelante le tuviese á él en cuenta de hijo, y á él acudiese en sus necesidades y peligros; y volviéndose de igual manera al discípulo, le encargó la recibiese á ella por madre y como á tal la amase y sirviese.

Y hecho esto, y cumplidas todas las atenciones que le unían con los hombres, en aquel momento supremo, del cual dependía la salud del mundo, la reconciliación de los pecadores, la santificación y glorificación de los justos, y la pacificación universal de los cielos y de la tierra, recogió el Redentor divino todos los sentidos y facultades de su alma, y levantando su espíritu al Eterno Padre, se puso en oración secreta, altísima é inefable.

guardarle, algo más apartada á su Madre Santísima, y esparcidos acá y allá algunos grupos de gente, que contemplan aterrados tan pavorosos prodigios; y cuando las sombras que por todas partes le rodeaban iban condensándose más y más, extendiendo sobre la naturaleza inmenso sudario que la cubría de luto y horror, el alma santísima de Cristo era envuelta por una noche oscurísima de tristezas, de amarguras y congojas, más oscura y pavorosa que la que envolvía la redondez de la tierra. Vefase solo, desamparado de sus amigos, puesto en una cruz, baldonado y escarnecido y cubierto de desprecios, de ignominias, de llagas y dolores. Miraba á la diestra y á la siniestra, y no hallaba objeto alguno cuya vista no le llenase de indecible amargura; y cuando, traspasando con el pensamiento los confines de este mundo, dirigía su angustiosa mirada al trono de la Divinidad, veía que su Eterno Padre, aquel mismo á cuyas piadosas entrañas se había acogido poco ántes llamándole con el dulce nombre de Padre, y aplacando su indignación que se en-



cendia con la afrenta y oprobio que se hacian á su Divino Hijo, desviaba ahora su rostro, y dejaba que el Hijo amadísimo, en quien por otra parte tenía sus más regaladas complacencias, padeciese los tormentos, ignominias y angustias que estaba padeciendo, sin linaje alguno de consuelo. Su voluntad humana, débil, accesible á la tristeza y al desmayo, sintió amargamente tan completo desamparo; y siendo ya cerca de las tres de la tarde, dolorido y quebrantado el cuerpo y no ménos afligida el alma levantó al cielo la sagrada cabeza, y con grandes y lastimeras voces exclamó: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?* Los ángeles del cielo, que contemplaban asombrados aquel fiero y tremendo espectáculo, hubieron de estremecerse de horror al oír tan amargos quejidos, y al ver oscurecida con sombras de espantosa tristeza la luz de aquella frente cuyos resplandores iluminan la ciudad de Dios.

Entre tanto entregado el cuerpo de Jesucristo á tormentos y agonías de muerte sus llagas se iban enco- nando y encruelecien- do por instantes, y en- cogiéndose los nervios con la irritacion de las heridas. Secos y mar- chitos los lábios, pe- gada al paladar su len- gua, se abrasaba en sed horrible y mortal causada por el calor y cansancio, y en espe- cial por el derrama- miento de la sangre en la noche anterior en el huerto de Getsema- ní, y en los varios tor- mentos que habia pa- sado aquel día. Como declarase sencillamen- te la necesidad que pa- decia, uno de los sol- dados que le custodia- ban tomó una espon- ja, y empapada en vi- nagre la puso en una caña de hisopo, y se la llegó á la boca para que chupase de ella el Salvador. Aceptó el mansísimo Jesús bebi- da tan amarga, cum- pliéndose así lo que de él se habia profetizado. Y llegado al término de su carrera mortal, que era asimismo fin de aquel largo período de siglos, en los cuales el linaje humano ha- bia estado aguardan- do la hora de su rege- neracion, viendo de todo punto perfeccio- nada la obra que el Padre Eterno le habia encomendado, cumplidos en su cuerpo los padeci- mientos anunciados por las Sagradas Escrituras, asentadas con no mudable alianza las paces entre Dios y el hombre, próximos á cumplirse los altos fines de la Redencion y á punto de suceder á la os- curidad, temor y estrechez del antiguo pacto, que todo él no era más que sombra y figura, la ampli- tud, la luz y el amor del nuevo, destinado á no tener fin sino con el fin de los siglos, no faltándole que hacer sino entregar su vida al que se la habia dado, bajó por última vez sus ojos á la tierra, en- viando una mirada de amor infinito á cada uno de los hombres presentes, pasados y por venir, y le- vantando la sagrada cabeza, con grave y sonora voz exclamó: *TODO ESTÁ ACABADO; PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU.*

Y con tan grande esfuerzo y tanto brio,  
Voz tan alta y gemido tan tremendo,

Que mostró bien su eterno poderío  
Sobre la propia muerte, así muriendo,  
El alma despidió; y dejó suave  
La cabeza inclinada al pecho grave (1).

Y en aquel instante, toda la naturaleza sobreco- gida de horror á la vista de su Autor moribundo, dió muestras espantosas de indignacion y senti- miento. Conmoviéronse los cimientos del mundo, la tierra tembló, los montes se cuartearon, hundiéronse las breñas, y se partieron y resquebrajaron los peñascos. Las sepulturas, abriéndose por sí mismas, devolvieron los cuerpos de los Santos que contenian, los cuales, resucitados, aparecieron á muchos. La luz del sol, oculta milagrosamente en señal de luto y tristeza, volvió á aparecer de nuevo arrollando las espesas tinieblas extendidas sobre la

veladas y manifestadas las figuras, como inútiles y vacías de sér ante la realidad, que era Cristo, Arca del Nuevo Testamento, Sacerdote sumo y eterno segun el órden de Melquisedech, Pontífice de los bienes inmutables, el cual levantado en la cruz á vista de todo el mundo, ofrecia á la Deidad una ofrenda y sacrificio el más excelente de cuantos se habian ofrecido hasta entónces y que maravillosa- mente los contenia y representaba y resumia á to- dos; y por otro más excelente tabernáculo no he- cho de manos de hombres, ni por sangre de be- cerros ni machos de cabrío, sino por su propia sangre, penetraba los cielos, y llegaba al trono y santuario de la Divinidad, dejando de una vez para siempre abierta la entrada con redencion per- durable y sempiterna, poderosa á lavar los pecados de todos los hombres y de todos los siglos.

MIGUEL MIR. S. J.

### LAS RELIQUIAS DE LA PASION

Grande interés, siem- pre creciente, tienen las reliquias de la Pa- sion de Nuestro Señor Jesucristo. Pasan los siglos, el tiempo ahon- da el abismo que nos separa de los días de la Redencion, y el al- ma siente más la ne- cesidad de ver y de tocar los objetos que hasta nosotros llegan santificados y honra- dos desde entónces. Diríase que nos ponen en contacto con su santo origen, del que nos aleja el tiempo, y cuantos más siglos pa- san, más preciosa y necesaria es para el cristiano la memoria de tan santos objetos. La constitucion del hombre necesita obje- tos sensibles, y quan- to más espirituales en su esencia y más leja- nos en el horizonte de la historia se presen- tan, más viva y profun- da es la necesidad de verlos y tocarlos.

Despues del descu- brimiento de la Cruz, hecho por Santa Ele- na, Constantino pro- hibió crucificar á los malhechores, quedan- do la Cruz, ántes ins- trumento infame de suplicio, como señal de honor y gloria.

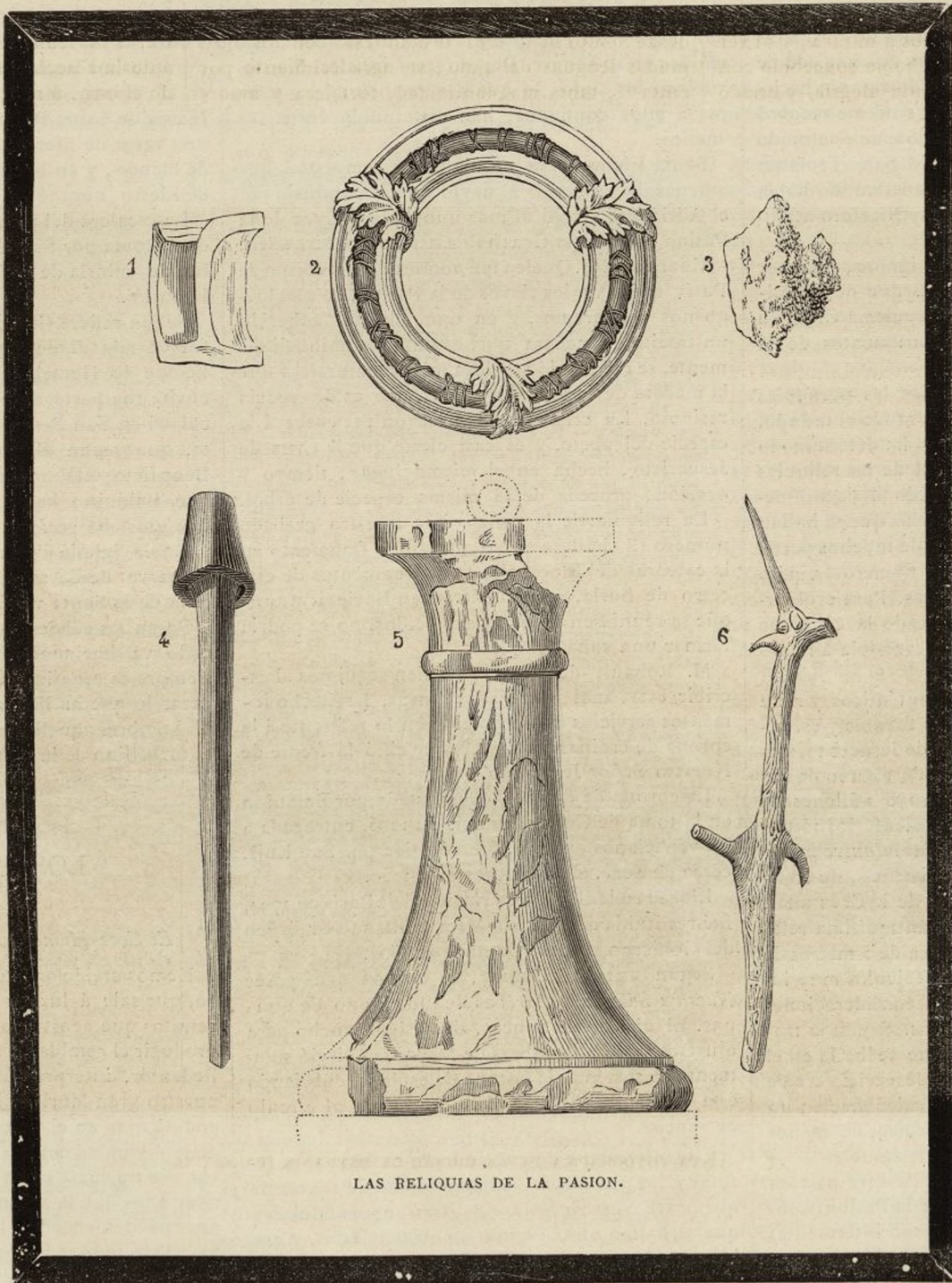
Cuando Moisés ele- vaba los brazos, la

Cruz era ya señal de victoria. El gran profeta hebreo hacia la señal de la cruz, oraba con los brazos en cruz, y David habia dicho que la elevacion de sus manos era el sacrificio de la tarde.

La Cruz habia sido plantada en el fondo de todos los misterios ántes de ser plantada en el Gólgota; pero no habia sido reconocida, y fué preciso el Calvario para que á todos fuese evidente.

Cuando Moisés oraba durante la batalla con los brazos elevados, y cuando la victoria, obedeciendo á sus movimientos, parecia exigirle permaneciese fiel á la actitud que la Cruz impone, pudo adivi- narse la voz oída por Constantino; pero para que resonase más, era preciso que la realidad hubiese reemplazado á las figuras: que el Calvario tuviese una página en la historia, para decir al Emperador: *Hoc signo vinces.*

En la Cruz termina una série de siglos y empieza



LAS RELIQUIAS DE LA PASION.

tierra, como para manifestar que con el resplandor que salia de la cruz empezaban á huir las sombras de la ignorancia en que yacian los entendimientos de los hombres, y á cobrar nueva vida sus endu- recidas vol untades. Y á la misma hora en que moria el Salvador cuando los Sacerdotes ofrecian en el Templo el sacrificio de la tarde, vieron to- dos rasgarse de alto á bajo en dos partes el velo que cubria la parte más secreta del Santuario adon- de nadie podia entrar sino el Sumo Sacerdote y no más de una vez al año, el día que llamaban de la *expiacion*, para ofrecer por sus pecados y los del pueblo el sacrificio rociado con la sangre de los animales. Roto el velo misterioso quedó aquel sa- grado lugar libre y abierto á todos, y patente el Arca del Testamento con su Propiciatorio, y re-

(1) Hojeda, *La Cristiada*, lib. XII.



otra; y siendo sumamente interesante lo que á la Cruz concierne, los lectores de LA ILUSTRACION CATÓLICA nos agradecerán los detalles que vamos á darles acerca de la historia exacta de la madera que la constituía.

Todo lo perteneciente al cristianismo halla siempre en las tradiciones de la humanidad ecos profundos; por esta razon una Sibila habia exclamado: ¡Oh madero triunfante! y en los jeroglíficos egipcios preséntase la Cruz como signo de salud y de vida, y al demoler el templo de Serapis se la hallado grabada en las piedras.

Sabido es cómo se descubrió la Cruz del Salvador. Santa Elena supo por revelacion el lugar donde estaba enterrada, y habiendo mandado que se practicasen excavaciones, encontráronse muchos clavos y tres cruces. ¿Cómo distinguir la de Jesucristo de la de los dos ladrones? San Macario, patriarca de Jerusalem, reunió al pueblo, y puesto éste en oracion, mandó tocar con las dos primeras cruces á una mujer moribunda, ya desahuciada de los médicos, pero no tuvo resultado alguno; hecha la misma prueba con la tercera, la enferma recobró súbitamente la salud, descubriéndose de este modo la Cruz del Redentor. Rufino y San Teofanes hablan de esta cura milagrosa. San Paulino habla de la resurreccion de un muerto, y Nicéforo atestigua los dos milagros.

Pero lo que generalmente se ignora, y es por demás interesante, son los detalles que nos suministra la erudicion acerca de la misma Cruz, su forma, naturaleza y demás instrumentos de la Pasion.

Se ha hecho un cuadro de todas las partículas de la verdadera Cruz, dispersas por todo el mundo, y á pesar de ser muy pequeñas, se ha determinado su número y su volumen. El total de las reliquias conocidas arroja cerca de cinco millones de milímetros. Las reliquias desconocidas, las que se hallan en pequeñas iglesias y en poder de muchos particulares son indudablemente muy numerosas, pero tambien son sumamente diminutas. Para evaluarlas aproximadamente se ha triplicado la cifra que arrojan las reliquias conocidas, elevándola á 15 millones.

Segun numerosos datos, muy auténticos y muy precisos, tomados de las mismas fuentes y escrupulosamente examinados, la Cruz de Jesucristo, medida y atestiguada por lo grueso de alguno de sus fragmentos, debia tener cerca de 178 millones de milímetros cúbicos, y por consiguiente los 15 millones de milímetros en los que *plus minusve* puede calcularse la suma de reliquias existentes, no constituirian siquiera la décima parte de la Cruz total.

Ateniéndonos á una tradicion antiquísima referida por Fretser, tenía la Cruz cerca de 5 metros de longitud y 3 de anchura, y segun cálculos muy ingeniosos, apoyados en juiciosas consideraciones debia pesar cerca de 90 kilogramos. Segun la tradicion á que se refiere la mesa que se halla en el claustro de San Juan de Letran, Jesucristo era de estatura muy elevada, pudiendo calcularse en un metro 84 centímetros. Simon el Cirineo, de ménos estatura, estaba colocado detrás de Jesús.

M. Rohault (1) ha explorado, si de esta palabra podemos servirnos, las reliquias de la Pasion, consagrando una parte de su vida á tan interesantes investigaciones. Ha registrado toda la historia haciendo revivir mil figuras olvidadas; les ha pedido cuenta de todo lo que habian visto, é interrogando á las edades, ha obtenido contestacion.

La correspondencia de Auseau y de Solon, Arzobispo de París en el VII siglo, ofrece preciosas indicaciones acerca del estado de las reliquias de la Pasion en aquella época. Segun los documentos que nos presenta, despues de la muerte de Heraclio en 636, la Iglesia del Santo Sepulcro fué en parte quemada por los enemigos: los cristianos, para salvar la verdadera Cruz, la dividieron y repartieron entre muchos países, primera division que dió grandes reliquias á Constantinopla, á las islas de Chipre y de Creta, á Antioquía, á Edesa, á Alejandria, á Escalon, á Damasco, á Jerusalem y á la Georgia.

En 1181, en la batalla de Tiberiades, los musulmanes se apoderaron de la Cruz de San Juan de

Acre llevada por el Obispo. Moraud, en su historia de la Santa Capilla, refiere las desgracias de esta derrota. En 1191, despues de la toma de San Juan de Acre, fué devuelta esta Cruz á Felipe Augusto y á Ricardo. En el saqueo de Constantinopla, en el año de 1204, los saqueadores desdeñaron las reliquias; pero los cristianos de la poblacion las recogieron y guardaron, dividiéndoselas de nuevo.

Dándolo, dux de Venecia, se apropió parte de la verdadera Cruz, que segun se dice, acostumbraba llevar Constantino en la guerra.

Raoul, patriarca de Jerusalem, llevóse de San Juan de Acre otra porcion de la verdadera Cruz.

Las reliquias han disminuido con el trascurso de los siglos y la impiedad y la indiferencia, el crimen, las guerras y sacrilegios al mutilar la Iglesia, cuerpo místico de Jesucristo, han mutilado tambien su Cruz. Cuanto más han dispersado y disipado las almas rescatadas con su preciosísima sangre, más han dispersado y disipado las reliquias de su Cruz, teñidas en su sangre. Depositarios infieles, no devuelven los siglos lo que han recibido, y los tesoros á ellos confiados, han disminuido entre sus manos.

Santa Elena, para apaciguar la tempestad que amenazaba sumergir al navío que la conducia por el Adriático, arrojó al mar uno de los clavos de la Pasion que con la Cruz habia traído de Jerusalem.

Cuando Mgr. Quelen fué nombrado Arzobispo de París, quiso ver los clavos de la Pasion, de que luego nos ocuparemos, y en uno, advirtió adherido un trocito de madera que, examinado minuciosamente, se reconoció ser de la misma naturaleza que la madera de la verdadera Cruz, que es de esencia resinosa. La cruz del buen ladrón pertenece á la especie del abeto, y es casi cierto que la Cruz de Jesucristo, hecha en el mismo lugar, tiempo y ocasion, proceda de la misma especie de árbol.

La reliquia de la caña (véase nuestro grabado número 1.º) hállase en su principal fragmento en la catedral de Florencia: otros fragmentos de este cetro de burla, se encuentran en Baviera, y aunque se reuniesen todos los conocidos, no se podría formar una caña completa.

M. Rohault de Fléury, á quien seguimos al escribir estas mal pergeñadas líneas, ha hecho inmensos servicios á la erudicion en lo referente á la corona de espinas (número 2.º) que ciñó la frente de Nuestro Señor Jesucristo.

La corona de espinas, conquistada por Balduino en la toma de Constantinopla en 1205, entregada á los venecianos en 1228, fué recibida por San Luis, cerca de Sens, el 10 de Agosto de 1230.

Llevada á la Biblioteca Nacional de París en 1794, fué restituida á la Iglesia Metropolitana por órden del Gobierno el 26 de Octubre de 1804.

Segun antedicho autor, la corona que posee *Nuestra Señora de París* es de junco y no de espinas. El círculo de juncos, demasiado ancho para ajustarse sólo á la cabeza de Jesucristo, sirvió solamente de sostén á la corona de espinas, cubriendo ésta toda la cabeza y hallándose unida al círculo de juncos.

Este interesante descubrimiento bastaria para refutar á los que niegan la autenticidad de la corona que posee *Nuestra Señora de París*, apoyándose en que se hallan otras espinas en otras Iglesias, y que la de *Nuestra Señora* no es auténtica, puesto que no está dividida, y la verdadera corona de espinas sí. La corona de espinas de *Nuestra Señora de París* hállase entera, segun representa nuestro grabado, porque existen dos coronas y las espinas propiamente dichas, que particularmente se hallan en Treveris, Brujas, Pisa (en esta última ciudad en la Iglesia de la *Spina*, hállase la que representa nuestro grabado número 6.º), no son de la misma naturaleza, que las de la corona de *Nuestra Señora*; verificándose lo que nos dice la Sagrada Escritura en el libro de los Jueces, g. v. 14. *Dixeruntque omnia ligna ad Rhamnum: Veni et impera super nos.*

Los árboles en la parábola de Jonathan buscan un rey: brindan con el imperio al olivo, pero éste rehúsa. Diríjense á la higuera, y ésta se niega á aceptar la soberanía. Acuden á la viña, que tambien rehúsa, y por último se presentan al Rhamno que acepta.

Esta soberanía vegetal, conferida al Rhamno, tiene algo de singular: el Rhamno se ha convertido en instrumento que ha escrito en torno de la

frente de Jesús su soberanía con caracteres de sangre. La corona de *Nuestra Señora de París*, se compone de juncos pequeños reunidos en haces, y trabados por medio de un ténue hilo de oro.

La esponja con que, empapada en vinagre, respondieron los judíos al *sitio!* del amorosísimo Jesús, se encuentra en Roma en la iglesia de Santa María in Trastevere, (número 3.)

Segun refiere San Ambrosio, Constantino colocó uno de los clavos de la Pasion en la diadema que acostumbraba ponerse en los dias solemnes. Tal vez este sea alguno de los dos que posee la Iglesia metropolitana de París; el uno procede de la abadía de San Dionisio, y el otro de la de San German de los Prados. El que se halla representado en nuestro grabado número 4.º, encuéntrase en la catedral de Tréveris.

Ateniéndonos á lo que nos dicen San Gregorio Nazianceno, San Paulino y San Gregorio de Tours, la columna á que fué amarrado Jesucristo durante la Flagelacion se conservó en Jerusalem en el monte Sion. Ahora se halla en Roma en la Iglesia de Santa Práxedes, donde se ve á través de una verja de hierro; es de mármol negro vetado de blanco, y en la cima está sellada con un anillo de hierro (número 5).

La escalera del palacio de Pilatos fué transportada á Roma por Santa Elena, en 326, y la costumbre de subirla de rodillas, data del tiempo de San Leon IV.

Segun refiere Gregorio de Tours, la Santa lanza fué llevada desde Jerusalem á Constantinopla en tiempo de Heraclio. En 1492, el sultan Bayaceto envió una parte de ella á Inocencio VIII, que la colocó en San Pedro de Roma. Le faltaba la punta, que segun Bayaceto se hallaba en Francia. Benedicto XIV mandó llevar de París la punta que Balduino habia dado á San Luis, y se vió que ajustaba perfectamente á la lanza.

En la Iglesia de San Julian de Seinegarde se conserva desde muchos siglos há la insigne reliquia de la Santa venda.

Pasan las edades, el mundo se envejece, y cada siglo va hacinando ruinas y más ruinas; pero siempre es muy importante y muy piadoso considerar lo que ha llegado hasta nosotros, y recordar al hombre aquellas riquezas en que, envuelto en el torbellino de la materia, ménos piensa.

V. SUAREZ CAPALLEJA.

## LOS GRABADOS

*El Ecce-Homo*, copia de Murillo, pág. 289.

Hemos creído oportuno suspender en este número, que sale á luz en Semana Santa, la galería de retratos que acostumbramos á publicar, para reproducir el semblante angustioso de nuestro divino Redentor, interpretado por el pincel cristiano de nuestro gran Murillo. El arte, sin embargo, no ha podido fijar en el lienzo «aquel brillo y majestad de la divinidad oculta» de que habla San Jerónimo, «que se traslucía en su rostro humano, hasta cautivar á los que le veían»; ni los colores, ni las líneas pueden encerrar la belleza infinita del que lo ha criado todo y ha esparcido por el universo los resplandores del cielo. Por esto los esfuerzos de los artistas no han pasado de ser laudables ensayos, que han proporcionado al arte incalculables maravillas. Joya de este tesoro es la imagen que hoy reproducimos, conmemorando la Pasion y muerte de nuestro divino Redentor.

*Vista de Bethania* (Palestina), pág. 292.

Al pié del Monte de los Olivos, visitan hoy los viajeros las ruinas de la antigua ciudad de Bethania, donde tuvo su casa Lázaro, el amigo de Jesucristo. El cual en sus viajes de Galilea á Jerusalem se complacía en detenerse en aquella ciudad, hospedándose en casa de Lázaro, que vivía con sus hermanas Marta y María, tan famosas en el Evangelio.

Bethania estaba situada á 10 kilómetros S. de Jerusalem, y es hoy vasto campo de ruinas, entre las cuales se enseñan todavía las de la casa de Lázaro, y el sepulcro, abierto en la roca, que fué testigo de

(1) *Memoire sur les Instruments de la Pasion*, de M. Rohault de Fléury: París 1870; en 4.º



su resurrección. La vista que publicamos está tomada de una fotografía, y representa fielmente el estado actual de la ciudad, que arruinada y deshecha vivirá siempre como vinculada al Evangelio por el recuerdo de sus antiguas glorias.

*Instrumentos de la Pasión de Jesucristo*, pág. 293.

(Véase el artículo que dedicamos á este asunto en la pág. 293.

V.

## LA SEMANA SANTA

I

LAS PALMAS

¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!  
Y el que viene en el nombre del Señor es Jesucristo.

A salvarnos, á redimirnos.

¡Siempre triunfante la Iglesia!

Si empieza á recordarnos los tormentos, la Pasión y la muerte de su Fundador divino, lo hace recordándonos también la gloria y las alabanzas tributadas al Salvador del mundo por el mismo pueblo deicida.

Era preciso que aquel pueblo diese un testimonio público de que conocía la misión divina de Jesucristo, para que no pudiera alegar ignorancia en su pecado, y para que la palabra del Nazareno moribundo, al decir á su Eterno Padre que los judíos ignoraban lo que se hacían, fuese la expresión más sublime de la misericordia más suprema.

El Salvador es recibido en triunfo en Jerusalén, y aclamado, no ya por las relevantes cualidades que se ostentan en su humanidad divina, ni por la cultura intelectual que se revela en la exposición de sus parábolas, ni por la sabiduría extraordinaria que descubre la maravillosa interpretación de la ley, que á los doctores y sabios de la sinagoga explica, ni por su vida austera é irreprochable, ni por los beneficios que dispensa, ni, en fin, por sus milagros, superiores á los del Bautista y á los de los Profetas: se le aclama, recibe en triunfo y rinde vasallaje por ser el *Hijo de David*, porque *viene en el nombre del Señor*. Es decir, que su divinidad está reconocida y públicamente confesada.

Así su muerte será más gloriosa; así su cruz será más esplendente.

Hay también otra razón para esta solemnidad.

La Iglesia, Madre cariñosa y solícita de sus hijos, quiere dulcificarles sus penas.

La muerte de un Dios es tan extraordinario suceso, que haría estremecer al hombre reconociéndose delincuente de tan inconcebible delito. Este dolor necesitaba un consuelo.

Por eso, al cantarse la primera de las cuatro narraciones de la Pasión, descritas por los santos Evangelistas, se repite también el cántico y los *hosannas* de los niños de los hebreos: *Pueri hebraeorum*.

Y la fiesta de Jerusalén se renueva, en verdad, todos los años.

Los hijos de los cristianos, no bien pueden abarcar entre sus tiernas manecitas una palma, esbelta como la juventud que sonriendo les espera, son guiados por sus padres al templo santo del Señor en el día del Domingo de Ramos, para que, al bendecirla el sacerdote, bendiga también su corazón; palma y corazón que representan las primicias de su amor á Jesucristo.

¡Cómo aflige pensar que los impíos incrédulos que en nuestra patria infeliz renuevan hoy el decicio de los judíos, llevaron también en sus manos una palma bendita! ¡Una palma, con la que sus cristianas madres les despertaron contentas cuando eran niños, en un Domingo de Ramos, y cuyas hojas guardaron después de marchitas con la esperanza de que sirviesen á sus hijos de *protección en el alma y en el cuerpo* (1)!

¡Pobres madres, si hubieran podido prever que sus hijos habían de apostatar! ¡Cuán amarga hubiera sido su agonía si han muerto ya! ¡Qué lacerado estará su corazón si tienen la desgracia de sobrevivir á la muerte moral de sus desventurados hijos!

(1) Oficio de la bendición de Ramos.

Madres cristianas: guardad una hoja de la oliva bendita que este año han recogido en el templo vuestros hijos; las que la conserveis guardada, tened fé. Acaso reverdeciendo un día sirva para reanimar su estéril corazón.

II.

EL CÁNTICO DE MOISÉS EN EL OFICIO DEL JUEVES SANTO

Han pasado ya tres días desde que se bendijeron las palmas.

La atención de los cristianos está absorta meditando sin cesar la Pasión de Jesucristo. Todos sus pormenores, admirablemente descritos por los Evangelistas, han sido narrados al pueblo fiel por la Iglesia; solamente resta ofrecer á la contemplación cristiana, en el día de su mayor fervor, el recuerdo del *Consummatum est*, y de la lanzada del corazón de Jesús, que ha de narrarnos San Juan en la mañana del Viernes Santo.

A suspenderse va el oficio divino de la Pasión para que se celebre otro misterio de amor divino. Es el Miércoles Santo por la tarde.

Parece que á cada templo han llegado los discípulos del Señor, á fin de disponer un cenáculo grande y adornado para celebrar la Pascua.

La tristeza que daban al santuario los negros velos que ocultaban el altar, ha desaparecido en parte. Blancas y ostentosas colgaduras se suspenden de las elevadas cúpulas; ricos ornamentos se preparan como en las grandes solemnidades; los pebeteros del incienso esperan el fuego sagrado para exhalar sus perfumes; las flores más aromáticas de la primavera, matizadas con el color de la pasión, en cuyos días han abierto sus capullos, esparcen su grato olor por el santuario; erigese un monumento, suntuoso en la catedral, rico y engalanado en la parroquia, bello como la humildad y sencillo como la virtud en el convento de las pobres religiosas.... Al otro día es Jueves Santo.

Ante un altar que no ha suspendido su luto, se congrega el clero con el pueblo, y principian los sagrados cánticos, tristes y consoladores al mismo tiempo, por esa armonía sublime que sólo en el catolicismo se encuentra.

Cierto que el Profeta comienza sus lamentaciones para llorar la desnudez del lugar santo, el *luto de los caminos de Sion* y la pérdida de sus solemnidades; cierto que estas consideraciones producen dolor muy acerbo en nuestra desventurada nación, porque hallándose como Jerusalén, *cubierta hasta sus plantas de inmundicia*, ha visto también como aquella *entrar en el santuario* de su suelo á los *gentiles*, á quienes estaba mandado que no se acercasen á sus confines; cierto también que estas profecías, que parecen escritas para nuestros días, infunden temor en algunos espíritus pusilánimes, sospechando quizás para el día siguiente una profanación, tanto más terrible, cuanto que sería la primera en tan augusto aniversario; pero entonces las lecciones del grande Agustín recitadas por los clérigos que salmodian los maitines, vienen á recordarnos que, no obstante la *contradicción de la ciudad*, se *advierte la gloria de la cruz de Cristo*; y que aún cuando muchos reyes la han arrojado ya de sus coronas, el Crucificado está con los *brazos extendidos* hacia el pueblo que le *contradice* y le niega.

Al llegar á este punto, los cánticos sagrados se animan y se precipitan como un torrente de súplicas y alabanzas; parece que la fé renace en los corazones, y para hacerla más ostensible diríase que los fieles se apresuran á desmentir al acólito que va extinguiendo las luces del candelero triangular en señal del apocamiento de los discípulos cobardes, ofreciéndole en abundancia blanca cera que ha de arder al día siguiente ante el Santísimo Sacramento, como arderán también en amor divino las almas de los oferentes. Comenzados ya los Laudes, conjurados por la voz casi omnipotente del sacerdocio, todas las criaturas sensibles é insensibles para que den gloria á Dios al entonar el *Laudate*, propone la Iglesia al pueblo allí congregado el cántico de Moisés después de pasado el mar Rojo; y el cristiano, en su ardiente fantasía, ve sumergirse en el mar de las soberbias humanas al caballo y al caballero, y conociendo que el *Señor es la fortaleza* suya, publica á voces la gloria del Altísimo, á despecho de los *conturbados príncipes de Edom* y de los *temblorosos príncipes de Moab*; admira cómo se introducen los hijos de Dios en el

monte de su heredad y desafiando á los impíos con burla santa para que *conmuevan el tabernáculo de Sion* les increpa con la hipérbole divina del Profeta, exclamando: «A pesar vuestro, el Señor reinará eternamente, y más allá, más allá... Dominus regnabit in æternum et ultra.

MARIANO BARSÍ Y CONTARDI.

(Se concluirá).

## LA PEREGRINACION

DE LA TIERRA SANTA (I)

I

La peregrinación de la Tierra Santa es, sin duda, la más antigua y memorable de todas, la que ha abierto el camino á los Santuarios más famosos de la cristiandad. «El mismo Dios, dice un piadoso cronista, señaló esta Tierra á nuestra veneración y á nuestro amor. Enaltecida por larga serie de acontecimientos providenciales, y por los milagros del Antiguo y Nuevo Testamento, la patria de los Patriarcas y de los Profetas de la Virgen Santísima y de Jesucristo, ha debido ser desde los primeros días del Cristianismo objeto constante de la veneración de los fieles.» Los cedros del Líbano, los olivos de Getsemaní, las aguas de Tiberiades, la roca de Bethel, las aldeas de la Judea, el Sinaí, el Carmelo, el Thabor, el Calvario y Jerusalén son otras tantas páginas de la Historia Sagrada, donde los peregrinos de todos los tiempos han leído los admirables misterios de nuestra redención. «Si hay alguna tierra en el mundo que no merezca hollar-se sino con los lábios, ni regarse sino con lágrimas, es aquella que conserva las divinas huellas del Salvador del mundo, aquella que recogió las gotas de su sudor y el raudal de su sangre.» Con sólo decir que tierra tan sagrada fué la cuna de las peregrinaciones cristianas, queda hecha la apología de esta devoción admirable, vinculada como señorío de la piedad al seno de la Iglesia.

Sin salir de las divinas páginas del Evangelio se encuentra la primera huella de las peregrinaciones cristianas. ¿Qué otra cosa fué sino una peregrinación el viaje de las Santas mujeres á la tumba del Redentor, de que nos hablan los Evangelistas? «La misma Virgen María, dice un autor, después de la Ascensión de su Hijo á los cielos, es de creer, aunque no haya ningún texto antiguo que lo diga, que visitaba con frecuencia, acaso diariamente, los lugares de la Pasión. El libro en el cual puede todo el mundo encontrar la prueba, es... el corazón de una madre.»

El Santo Sepulcro, es indudable, que como prueba auténtica de la victoria de Cristo, fué visitado por los fieles desde los primeros días de la Iglesia. Cuando Jerusalén fué destruida por Tito, la devoción de los cristianos brotó de nuevo sobre sus ruinas; y en tiempo del emperador Adriano era tan viva, y atraía hacia los escombros de la ciudad santa tan grande muchedumbre de fieles, que éste emperador, para ahuyentar de aquellos lugares á los cristianos, resolvió profanarlos, levantando en ellos templos dedicados á los ídolos del paganismo. Sobre el Calvario levantó un templo á Vénus, la estatua de Júpiter fué erigida en el Santo Sepulcro, y la de Adónis invadió el sagrado recinto de Belén. ¡Admirable Providencia de Dios! La horrible profanación de Adriano no sirvió para contener el curso de las peregrinaciones; pero en cambio, ha servido, después de algunos siglos, para demostrar de una manera cierta la autenticidad de los Santos Lugares contra las negaciones de los impíos.

A pesar de la profanación, que dejó envuelto en escombros el Santo Sepulcro, las crónicas eclesásticas nos hablan de varias peregrinaciones en el siglo III, como la de San Alejandro, Obispo de Capadocia, que por su amor á la Tierra Santa obtuvo después la silla de Jerusalén, á la muerte de San Narciso.

Cuando Constantino dió paz á la Iglesia, los Santos Lugares renacieron de los escombros del paganismo, y una peregrina imperial, Santa Elena, mereció por su piedad la dicha de hallar la Cruz de nuestra Redención, sepultada bajo las ruinas del pagánico templo, erigido por Adriano. La piedad del

(1) Del libro intitulado: *Peregrinacion Española en Italia* (parte primera).



